

que hace Gonzalo de su amor y su ventura sería un rasgo de heroísmo deslumbrador; pero en mundo tan distante de la patria, y en una guerra que á los ojos de lectotes medianamente instruidos en nuestra historia, no alcanza ni con mucho la importancia que el poeta le atribuye asimilándola á las pujantes sublevaciones del Perú (1), el patriotismo de Gonzalo, que por defender la causa del Rey, defiende y salva á un rival afortunado y á un rabioso enemigo suyo, es un sentimiento que parece preternatural, y la primera impresión que produce es de sorpresa sin admiración, porque carece de verosimilitud. Es un género de caballeridad análoga en sus condiciones morales, y por sus efectos artísticos, á la piedad extrema de Eneas en la epopeya Romana. Hay dos héroes en la leyenda de ARBOLEDA — Gonzalo y Álvaro; y he aquí que contra la intención del poeta, la ambición osada y gigantesca del primero puede oscurecer la hidalgas timideces del segundo.

(1) Para ponderar la fuerza que cobraba el espíritu de rebelión y el mérito de los leales que debían debelar la de don Álvaro, dice ARBOLEDA ensalzando á su ciudad natal :

Centinela  
Tú fuiste del imperio y sus blasones,  
Y en la abyección universal tú sola  
Quedaste honrada, libre y española.

Este encomio excepcional de Popayán, sólo puede correr, si bien todavía hiperbólico, en lo que respecta á los reinos del Perú y Quito : sabido es cuán popular fué Gonzalo Pizarro, y que algunos rebeldes vencidos culpaban, en sus declaraciones, á *todos los del Perú* (Herrera, Déc. viii, lib. x fin). No así los pobladores del Nuevo Reino de Granada que fueron, como dice Castellanos (Elogio de Rodas, c. ii) :

Gente llana, fiel, modesta, clara,  
Leal, humilde, sana y obediende.

Oyón y Aguirre apenas tuvieron más secuaces que algunos advenedizos del Perú, como ellos; por eso las sublevaciones que intentaron fueron raquíticas. No hubo hijo de Santa Fe, observa Piedrahita, que se inclinase al partido de los Tiranos.

Competencia de mucho meollo filosófico es ciertamente, al par que de interés histórico, ésta que se establece entre los dos hermanos. Mas no les estaría bien, al poema ni al poeta, que la opinión de los lectores hubiese de inclinarse en favor del personaje que defiende la mala causa, quedando en lugar segundo aquel que representa el valor y la hidalguía. El poeta conoció el peligro y propúsose arrostrarlo y vencerlo. En el canto, ó Cuadro XIII (que por primera vez se publica ahora, y es, en nuestro concepto, uno de los trozos más importantes de la leyenda) el poeta confronta el mérito de uno y otro paladín, haciendo que cada uno de los dos en debate apasionado, sin dejar de ser filosófico, abogue su propia causa. No debilita la del rebelde; préstale un lenguaje elocuente, argumentos especiosos y hábilmente dispuestos. El alegato de don Álvaro es el de un orador avisado, y diríase que el poeta simpatiza con este interlocutor y que aspira á sacarle victorioso. Mas esperemos á que hable don Gonzalo. Oigámosle cuán bien replica y rearguye, inspirándose en nobles sentimientos de honor y patriotismo, y al verle crecer y levantarse tanto en nuestra estimación, gocémonos en su triunfo, que es el del poeta.

Poniendo á un lado la inverosimilitud que puede resultar, como antes decíamos, de ser dos hermanos los contendores, es esta controversia entre Gonzalo y Álvaro, de interés altísimo, porque refiriéndose ocasionalmente á un episodio fantástico, tiene aplicación natural á la pugna perpetua que ha sostenido y sostiene en nuestra América Española el patriotismo genuino y ancluroso que respeta las tradiciones y ama la unidad nacional, contra esas ambiciones bastardas que proclamando libertad sólo aciertan á dividir las voluntades concordes y á demoler lo existente. El odio al clero católico y la idolatría de la libertad del mal, son condiciones orgánicas de la Revolución. El lenguaje que prestó ARBOLEDA á Álvaro de Oyón es históricamente verdadero; es el mismo de todos aquellos revoltosos y políticos dogmatistas de la

Colonia (1) á quienes nuestros padres de consuno y con justo horror apellidaban Tiranos (2). Á su vez están simbolizados en Gonzalo, y al lauro que él recoge tienen derecho, todos los paladines y mártires de la fe política y la fe religiosa en nuestra patria, y entre ellos, como quien más,  
JULIO ARBOLEDA.

La pintura de la anarquía que engendran las revoluciones, cuando no hay un genio que enfrenando sus desbordes torne á asentar la sociedad sobre sólidas basas, es filosófica, está enérgicamente desempeñada, é inducirá á meditar á todo americano que la lea, puesto que desgraciadamente, aun hoy día, después de medio siglo de repetir la labor de Penélope, parece cumplirse en la mayor parte de los Estados de la América Española, la tremenda profecía de Gonzalo de Oyón :

Y aunque logres vencernos, nunca, hermano,  
Conocerás la paz ni la ventura :  
Dolor interminable, honda amargura  
Tus hechos y doctrinas brotarán.  
Los que á vencer por interés te ayudan,  
También por interés te harán la guerra,  
Y aspirando al dominio de la tierra,  
Como calculas tú, calcularán.

(1) Hernández Girón escribía al doctor Melchor Bravo de Saravia que "no pretendía más de pedir justicia y conseguir libertad" (Herrera, Déc. viii, l. viii, c. xv), y al grito de "¡Libertad!" tomaron las armas los que siguieron su partido en Guamanga (ib. c. xvi). Ya hemos visto que Alvaro de Oyón se intitulaba "Príncipe de Libertad" (Castell. l. cit.). Aguirre prohibió á sus soldados que rezasen el rosario y juró "no dar vida á frailes é destruir los monasterios además" (Colección cit. de Torres de Mendoza, t. iv, p. 207), porque diz que todos los religiosos, excepto los Mercedarios, impedían las libertades de la gente de guerra y tenían pervertido el buen gobierno de las Indias. V. Simón, Not. Hist., not. vi, c. xxx.

(2) Fiel á la propiedad del idioma, sostenía ARBOLEDA en El Misóforo, que este mismo epíteto de "Tiranos" era el que cuadraba á los demagogos que apellidando Libertad usurparon el poder en 1849.

Y se equivocarán, cual se equivoca  
El hombre, siempre en su opinión falible :  
Y en desorden satánico y horrible  
La ambición empujando á la ambición,  
Á la envidia la envidia, al lucro el lucro,  
Y el egoísmo torpe al egoísmo,  
La sociedad sin fe, sin patriotismo,  
Hervirá en loca, eterna confusión.

Por lo demás, si en un poema épico se recomiendan mucho, y con razón, la unidad é interés progresivo de la acción, estas dotes, por sí solas, de poco ó nada sirven; porque en obras poéticas la poesía, si no es todo, vale más que todo, y fácilmente se perdona la ausencia de un plan regular y de la conveniente disposición de partes que habrían de formar un conjunto armonioso, en gracia de la novedad, originalidad y sentimiento; de la variedad y propiedad de los caracteres; de los amenos y primorosos episodios, de la poética lozanía y de la ejecución artística. El plan del « Gonzalo » dejaba holgado espacio para que, echando á volar la imaginación, pudiese derramar con larga mano los tesoros de su ingenio el poeta. Éralo en hecho de verdad JULIO ARBOLEDA, y los fragmentos de su malogrado poema se conservarán en el repertorio de nuestra literatura nacional con justa estimación, cual rescatado torso de gallarda escultura.

Interesa desde luego en el « Gonzalo » lo mucho de su propia alma que puso y dejó el poeta en esta obra de sus mejores días. Nadie hubiera cantado hazañas de la Conquista con tanto calor y tan alta entonación como ARBOLEDA; que era fiel nuestro poeta á las creencias que le enseñó su buena y santa madre, y sentía hervir noble sangre en sus venas, y guardaba las aristocráticas tradiciones de su familia, y su corazón brioso latió siempre á impulso de grandiosas aspiraciones.

Profesaba la doctrina republicana como fórmula ideal de justicia que halaga á las almas jóvenes y generosas; pero nada había que repugnase tanto á su naturaleza como

aquellas escenas, tan frecuentes en nuestra sociedad, de democratismo grosero y salvaje, contra el cual le inspiró no una vez sola vehementísimas estrofas la Musa de la indignación. La patria de su alma era el mundo caballeresco; gozabase de corazón en fantasear sobre aquella que podemos llamar nuestra edad heroica, y al despertar de sus excursiones fantásticas, ¡con qué hondo y amargo desprecio no torna á contemplar la raquítica generación coetánea!

No era esta raza enferma, degradada,  
Que aspira entre perfumes y mujeres  
El aire enervador de los placeres,  
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón;  
Una piedra la almohada del guerrero,  
La tierra era su lecho suntuoso;  
Su alma en la guerra hallaba su reposo,  
Y su brazo en las armas diversión! (1).

En su poema introdujo ARBOLEDA, mejorándolos casi siempre, muchos pasajes de sus piezas líricas. Hacia aquel rico depósito de poesía encaminaba sus inspiraciones felices y los desahogos de su corazón.

Gonzalo es en el poema tipo de perfección ideal, pero no de carácter humano ó terrícola, como lo son de ordinario las creaciones shakesperianas, sino netamente español. En los caracteres de sus personajes se refleja el españolismo de

(1) Coincide este rasgo con la descripción verídica que nos dejó Ercilla del género de vida que llevaba él mismo con sus compañeros de expedición:

Y á veces la ración se convertía  
En dos tasados puños de cebada,  
Que cocida con hierbas nos servía  
Por la falta de sal la agua salada:  
La regalada cama en que dormía  
Era la húmida tierra empantanada;  
Armado siempre y siempre en ordenanza;  
La pluma ora en la mano, ora la lanza.

Arauc, pte. ii, c. xx, 24.

ARBOLEDA, de que dejó después larga huella en sus hechos militares. En Gonzalo se personifica el espíritu religioso, patriótico y caballeresco que animó á los españoles y levantó á España á la altura mayor que ha alcanzado nación alguna en el mundo. Ya en una de sus poesías líricas, expresando sentimientos personales, consignó ARBOLEDA el principio moral del deber según la concepción cristiana, patriótica, y si es lícito añadirlo, española, en aquella estrofa inolvidable:

¡Patria! Por ti sacrificarse deben  
Bienes, y fama, y gloria, y dicha, y padre,  
¡Todo! — aun los hijos, la mujer, la madre,  
Y cuanto Dios en su bondad nos dé.  
¡Todo! — porque eres más que todo — menos  
Del Señor Dios la herencia justa y rica . . . .  
¡Hasta el honor el hombre sacrifica  
Por la Patria — y la Patria por la Fe!

¿Qué más? Si en las poesías sueltas de ARBOLEDA hallamos unas como predicciones ó presagios del género de muerte que le guardaba el porvenir, (1) en el « Gonzalo » no faltan tampoco algunos rasgos como de espíritu vidente. En su última gloriosa campaña repitió en sí mismo, y de hecho, muchas de las circunstancias que rodean á su héroe fantástico. El teatro que había elegido para las hazañas de éste, fué el mismo en que resplandecieron luego las suyas propias. Fué él, como ya imaginó á Gonzalo, defensor magnánimo del orden establecido y de la integridad nacional; y si Gonzalo combatía contra un hermano traidor, tocóle también á nuestro JULIO combatir contra un deudo desleal á la patria y á la familia. Álvaro de Oyón, según le pinta Castellanos, fué, lo mismo que Lope de Aguirre, predecesor inequívoco del funesto Mosquera, diferenciándose sólo en que este des-

(1) V. los apuntes Biográficos, puestos al principio de esta Colección.

pota logró en nuestros tiempos fortuna que se negó á los « Tiranos » en los siglos pasados. Ennoblecido Oyón por la pluma generosa del poeta, no puede compararse ya, como hombre, con el azotador de nuestra patria en el siglo presente; pero todavía, como tipo de grandes revolucionarios, el que figura en el poema y el que deshonra nuestra historia se asemejan y corresponden. La tribu salvaje auxiliadora de don Álvaro es la misma mismísima (hoy « Indios de Tierraadentro ») que seducida por Mosquera, molestó tanto con sus insomnes guerillas á ARBOLEDA en los años de 1861-1862. Finalmente el triunfo de la Revolución en esa época luctuosa trajo en pos de sí aquel torbellino de calamidades, aquellos horrores de, al parecer, incurable anarquía que Gonzalo, con ánimo de detener á Álvaro en su carrera, muestra y desenvuelve ante sus ojos como natural conquista y término forzoso de la usurpación triunfante.

Como conviniese al poeta retratar con negros colores á Álvaro de Oyón, para presentarle en contraste con Gonzalo, pintóle mal vasallo, revolvedor desalmado y violento, pero no acertó á hacerlo despreciable y repugnante; antes, como dicho queda, le comunica y regala nobleza.

El delito de don Álvaro es el de rebeldía, pero con antecedentes que explican su despecho. Es valiente y arrojado hasta rayar en temerario, y tiene el prestigio que suele acompañar al pirata, al contrabandista y al bandido. Y tiene más: empuje poderoso y una ambición de órbita napoleónica. Hay en él algo de la aureola sombría del Satanás de Milton. Álvaro sueña con apoderarse del continente de Colón. Es un grande hombre extraviado por una gran pasión:

El genio para César le destina,  
El delito le torna en Catilina.

Y por último, aquel aventurero que nada respeta, abraza en su pecho la nobilísima virtud del amor filial. Sáquese á don Álvaro de la esfera emponzoñada en que le colocó el poeta,

bórrense los crímenes á que le arrastra la sed de venganza, y confesará todo lector colombiano que aun en este personaje, en cuanto tienen de magnánimo sus instintos, de vasto y emprendedor su genio, y de razonable á las veces sus discursos (1), puso ARBOLEDA algo, y no poco, de su propia grandeza. Tal es, ni más ni menos, la condición distintiva de los grandes poetas líricos: vaciarse en sus creaciones; poner en cuanto tocan una semejanza, una íntima emanación de sí mismos.

Contemplando ahora la acción no particularmente en cada uno de los personajes, sino en el conjunto general, se notará que la condición común á todos ellos es la desgracia. En este aspecto el poema, menos que epopeya, es un drama á estilo griego, donde la sombra fúnebre de un destino inexorable revuela en torno de todas las cabezas. El poeta, después de la muerte de Álvaro y Pubenza, no supo qué hacer con su héroe Gonzalo. No acertaba con el modo de terminar el poema, y llenó el último canto con puntos suspensivos, que á quien recuerde el fin trágico del cantor, no dejarán de parecer asaz negros, y como sembrados allí á impulsos de doloroso presentimiento.

Formó su gusto principalmente en la lectura de los poetas italianos, á que era aficionadísimo, y de los ingleses, que conocía muy bien; y en sus versos se mezclan en raro concierto la galanura, viveza y calor meridionales, con cierta misantropía nebulosa del Norte. El principio del canto I, « Voy recorriendo » . . . es feliz reminiscencia del Tasso, y la carta de Pubenza no es el único pasaje en que la inspiración es directamente bironiana. Estos como destellos de literaturas extranjeras matizan graciosamente los versos de ARBOLEDA, sin robarles su sabor castizo castellano. Había estudiado los buenos poetas españoles de nuestro siglo, y procuraba no desviarse de las formas consagradas por el uso,

(1) Mayormente en el panegírico de Colón, que en boca de Álvaro puso el poeta en el canto XIII.

ni violar la gramática de nuestra hermosa lengua. Es original en el estilo, sin ser revolucionario en el lenguaje.

Con todo, la frase, aunque adornada, y no mal, de uno que otro arcaísmo de dicción, es la usual y viviente, la propia de nuestro siglo y no la de siglos anteriores; y si este lenguaje correcto, pero enteramente moderno, en la narración sienta muy bien, no así en los discursos que pone el poeta en boca de personajes con cuyo verdadero lenguaje están familiarizados cuantos han hojeado nuestras crónicas, y entonces naturalmente disuenan términos neológicos del tenor de los siguientes :

ÁLVARO.

Grande es la acción, y su éxito *fecundo*  
En dicha ó en desgracia para el mundo.

Sí, todos me han escrito : el continente  
Quiere nuestro, feliz, *independiente*.

Ven, y escúchame. pues, para que veas  
Que han crecido también nuestras *ideas*.

Como poeta épico, ó si se quiere narrador en verso, no halló ni conoce rivales entre sus compatriotas el autor de « Gonzalo de Oyón ». No obstante haber quedado inconcluso el poema, es éste el más extenso, el mejor, y propiamente el único trozo de poesía épica que se ha escrito en Nueva Granada en el presente siglo.

Imita á las veces á los grandes maestros el cantor de Pubenza; mas nadie será osado á negarle el lauro de la originalidad, la cual no tanto consiste en la novedad intrínseca de los pensamientos, cuanto en el poder de asimilación que posea el escritor, en el modo particular de concebir las cosas y de expresarlas.

La parte descriptiva, tan importante en este género de composición, está superiormente desempeñada. Notable por la vivacidad de pincel y colorido local, la pintura del opulento valle del Cauca puede proponerse como modelo de

poesía americana apaisada : idealidad en la elección de los detalles, fidelidad y elegancia suma en la ejecución.

Á cada paso hallamos rasgos que ponen en movimiento la imaginación y convidan al lápiz á vaciar en el papel las imágenes que despiertan en la mente. Véase, entre muchos, éste :

Ambos se buscan y se evitan ambos  
Con la aguzada punta y dura hoja :  
Ora se aparta diestro, ora se arroja  
Éste, y el otro prevenido está.  
Ya los golpes mentidos son, ya ciertos ;  
*Ya por los pomos quédanse trabadas*  
*En ángulos salientes las espadas,*  
*Y el pomo duro con el pomo da.*

Aficionadísimo á caballos, lúcese ARBOLEDA siempre que los describe, como en asunto que trata con cariño. Natural é histórico compañero de los héroes y paladines, el caballo es por ello noble y casi indispensable figura en los poemas épicos. El alazán que espoleaba Gonzalo sale airoso comparado con los más famosos pisadores que la imaginación de los poetas haya sacado á luz, en diversas lenguas. Como la descripción á que aquí aludimos es larga y muy conocida (1), no copiaremos sino una de las más rápidas, como muestra de la especial habilidad de nuestro poeta en ese departamento descriptivo.

¿Quién turba el melancólico reposo  
De la desgracia? — De sorpresa herido  
Deja escapar un tétrico bufido,  
Sonoro, ronco, el ágil alazán;

(1) El señor don José Manuel Marroquín, bajo el título « Recogida de caballos en la corraleja de *El Mosaico* », publicó en un número de ese periódico (Bogotá, 27 de agosto de 1864) una rica y harto curiosa colección de rasgos hipográficos, y entre ellos brilla la descripción de ARBOLEDA.

Luego, trotando en torno, las orejas  
Perfila hacia adelante, y enarbola  
Tendida en pluma la poblada cola  
Al partir con atónito ademán.

Es nuestro poeta, cuando conviene, fogoso y enérgico, ora describa un arranque de desesperación, ora una riña sangrienta; y variado y flexible como la lengua castellana, de que era dueño, corre otras veces con ligereza y gracia, ó se desliza con maravillosa blandura. De sus manos sale Pubenza tan dulce y tan tierna cual pudiera de las manos mismas de la Naturaleza creadora.

El lector de los fragmentos del « Gonzalo » deplorará que el autor no hubiese tenido tiempo y holgura para coronar su obra. Por tal verso débil, tal frase prosaica, tal pasaje incorrecto, que descubren la falta de última mano, hallará cien rayos de felicísimo ingenio é imaginación brillante, aprobará á cada paso lo fácil y puro de la dicción, y más de una vez encomendará á la memoria melodiosos versos y frases sentenciosas y expresivas. ¿No lo es, y muy congruente con el carácter de ARBOLEDA, aquello de « jugar con desdén la vida »? Citaremos algunas otras:

Fe ciega — no hay más ciencia . . .  
Yo sé morir, mentir no sé . . .  
Amor no puede ser, pero es tormento.  
Sensible sí, pero inocente y pura.  
India en amar, en resistir cristiana.  
Que es un placer jugar con el dolor.  
Su mundo él, y su juguete el hombre.  
Deja correr la lágrima bendita.  
Palabra melancólica del alma.

Sin negar la habilidad con que ARBOLEDA tornea la octava de dos finales agudos llamada *Bermudina*, hubiéramos de-

seado que no se desviase nunca en su poema del uso de la clásica octava rima — la regia estrofa consagrada por Ariosto y Tasso, por Ercilla y Valbuena — en que él con no menor desembarazo escribió algunos cantos del « Gonzalo ». Muchos habrá, empero, que no sean de nuestro parecer, y que á la regularidad majestuosa y tradicional convencionalismo en las formas de la versificación, prefieran por más agradable la variedad de metros que adoptó nuestro poeta.

Apartándonos de la división en cantos, hemos ordenado los mejores fragmentos del poema en catorce cuadros (inéditos los tres últimos) precedidos de un preludio, y en esta forma y sin más preámbulo los ponemos en manos del discreto lector.

M. A. C.